

ORACION <sup>✠</sup>FUNEBRE,  
QUE EN LAS EXEQUIAS,

87.354  
3

QUE EN EL DIA ONCE DE ABRIL DE 1767.  
celebrò la Univerfidad de Salamanca,

A LA PIADOSA MEMORIA

DEL Rmo. PADRE MAESTRO

Fr. FRANCISCO ESTEVAN  
S O T E L O,

MONGE BÈNEDICTINO CISTERCIENSE,  
Maestro General, y con honores de General de la Congregacion de Eſpaña, dos veces Abad de ſu Colegio de Nuestra Señora del Deſtiero de eſta Univerfidad, de ſu Gremio, y Clauftro, Cathedratico de Viſperas, y Cancelario que fue de dicha Univerfidad,

D I X O

*EL Rmo. P. Mro. Fr. ISIDORO ALONSO,  
del muy iluſtre Orden del Gran Padre San Benito,  
Maestro General de la Congregacion de Eſpaña,  
Doctor Theologo del Gremio, y Clauftro  
de dicha Univerfidad.*

~~~~~  
Con Licencia: En Salamanca, en la Oficina de la Santa Cruz,  
por Domingo Caſero Obiſpo.

AL R.<sup>MO</sup> PADRE MAESTRO  
FR. AUGUSTIN LOPEZ,

HIJO DEL MONASTERIO DE VALBUENA,  
Abad, que fue del dicho Monasterio, del Colegio de  
Montederramo, Secretario General, Definidor, ex-Ge-  
neral del Orden de nuestro Padre San Bernardo, y al  
presente Abad del Monasterio de Santa Ana  
de Madrid.

Rmo. PADRE NUESTRO:

**D**iose à la Prensa la Oracion Funebre, con que la  
gran Univerfidad de Salamanca honrò la piado-  
sa memoria de nuestro Rmo. P. M. Sotelo; pero  
faliò tan diminuta de exemplares, que ha sido forzoso  
repetirla para consuelo de muchos, que llorando la pèr-  
dida del original, solicitan tener consigo la copia. Y  
necesitando salir èsta à la sombra de un Mecenas, se  
acoge à la proteccion de V. Rma. como de justicia. V. Rma.  
debe protegerla; pues debiò al Rmo. Difunto los ca-  
riños de Padre, la mas fiel correspondencia de Parien-  
te, los affectos de amigo, y la mas rendida obediencia  
de subdito. Y ahunque, à la verdad, el traer à su me-  
moria estos acuerdos, es renovarle el dolor que sintiò  
al vèr arrancado el mejor arbol de Valbuena, la me-  
jor planta del pensil Cisterciense, y acabado un hombre  
justo, que de dia, y de noche meditaba la Ley Divina,  
como energicamente nos le representa el Rmo. Orador  
en su piadosa, y edificativa Oracion; con todo, debe  
V. Rma. consolarfe con que nuestro Rmo. Difunto, co-  
mo lo indica el religioso tenor de su conducta, ha me-  
jo-



62907902x

jurado de vida; y que si en este miserable Valle de lagrymas tanto estimò à V. Rma., no por su tránsito se perdió el affecto, sino que se ha afinado el cariño. Así se debe esperar de un hombre abrasado en Amor de Dios, y del proximo: de un amante Padre, de un fiel Pariente, y amigo, y de un obedientissimo subdito, à quien Dios, como piadosamente podemos creer, adornò por su misericordia de todas las virtudes. Pareceme, que serà de este sentir qualquiera que con reflexion lea la Oracion Funebre. Y ahun se confirmaria mas en esta opinion, si indispensables respetos no estorvãran dâr à luz publica el libro, que de sus propositos escribiò el Rmo. Difunto, y observò puntualmente toda la prolija carrera de su vida. Como asimismo la memoria de las sequedades, y tribulaciones que padeciò; de los consuelos, y regalos, que el Padre de las misericordias comunicaba à su alma, y tambien nos dexò escrita para confusion nuestra. En uno, y en otro se presentan altibio incentivos para salir de su tibieza; al fervoroso impulsos para ser mejor, y no parar en el camino de la virtud hasta estrecharse con nuestro gran Dios, à quien ruego colme à V. Rma. de felicidades. En este Colegio de nuestro Padre San Bernardo de Salamanca. Junio 12. de 1767.

Rmo. PADRE NUESTRO:

B. L. M. de V. Rma.

su mas affecto, y obligado servidor, y Capellan.

Fr. Prospero de Paz.

APRO.

CENSURA DEL Rmo. P. M. Fr. MANUEL Fernandez, Doctor Theologo, del Gremio, y Claustro de la Universidad de Salamanca, y Lector Jubilado en su Convento de nuestro Padre San Francisco de esta Ciudad.

DE orden de el Señor Doctor Don Bernabè Velarde, Colegial Huesped en el Mayor de Cuenca de la Universidad de esta Ciudad de Salamanca, de el Gremio, y Claustro de ella, su Cathedratico de Visperas de Canones, su Vice-Cancelario, &c.; y de el Doctor Don Joseph Julian Arredondo Carmona, Canonigo Doctoral de esta Santa Iglesia, y asimismo de el Gremio, y Claustro de dicha Universidad, su Cathedratico de Visperas, y Juez Subdelegado de Imprentas, &c.

Se remite à mi censura la *Oracion Funebre*, que dixo en la Real Capilla de San Geronymo, el Rmo. P. M. Fr. Isidoro Alonso, de el Orden de San Benito, Maestro General de la Congregacion de España, Doctor Theologo, de el Gremio, y Claustro de la misma Universidad, à la preciosa memoria de el Rmo. P. M. Fr. Francisco Estevan Sotelo, Monge Benedictino-Cisterciense, Maestro General, y con honores de General de la Congregacion de España, dos veces Abad de el Colegio de Nuestra Señora de el Destierro de la referida Universidad, de su Gremio, y Claustro, Cathedratico de Visperas, y Cancelario, que fue, de ella, &c.

En cuyo cumplimiento expondrè mi sentir con las mismas palabras, que San Bernardo en las honras de su amigo Humberto. El Rmo. Sotelo nos hizo un Sermon facticio, esto es, real, de vul-

to, largo, y grande; largo por la duración, y grande por la sublimidad de su vida: *Factitium nobis Sermonem in omni forma Sanctitatis iste Dei servus exhibuit, quem & longum fecit, & magnum. Longum, quantum ad longinquitatem vie: magnum, quantum ad vite sublimitatem.* Sermon, que todos vimos, y aprobamos; y aun hoy persevera impresso en nuestro corazon, sin peligros de borrarse; porque le fijò su Autor con igual fuerza, que gracia en el constante, recto, y agradable tenor de sus obras, y palabras. Y no siendo otro el que el Rmo. Alonso nos presenta, que el mismo, hecho por el Rmo. Sotelo, no puedo menos que aprobarle. En el habla el Rmo. Sotelo las maximas de la perfeccion christiana, que escribiò en el papel para recuerdo, gravò en su animo para exercicio, y esculpiò en todos sus sentidos para exemplo.

El que estè versado en las obras de S. Bernardo, conocerà el original, de donde se copiaron: lo que advierto no porque Yo me arrogue la penetracion, y comprehension de las obras de el Doctor Melisuo; que esso no es facil, ni aun posible à quien no tenga su espiritu; si porque quiero confessar que le leo, le estudio, le medito: yà porque no es culpa manifestar la particular inclinacion que tengo al Santo, y à sus escritos; yà porque si alguno estima mi voto, sepa qual es en materia de Escritores; yà tambien, porque fuera una especie de injuria de el Rmo. Sotelo, no acordarme de su Padre. Me parecia este gran hombre, si se me permite la phrase, un Simulacro de el Santo, una imagen de el candor, y de la inocencia, un hombre nacido para Monge, y en quien se hacia patente, y

visible la succession de el espiritu de los antiguos Monges de Claravàl; y de quien, (copiando lo que el Rmo. Alonso trata difusamente) se puede decir lo que de su Humberto dixo S. Bernardo: *Erat ergo humilis corde, dulcis Sermone, strenuus opere, fervens charitate, in commisso fidelis, in consilio circumspèctus, & prudens. Compositus erat super omnes homines, quos viderim in diebus istis, unus, & idem perseverans omni tempore, & omni hora.* Por lo que no sè, si me compadézca de el Colegio de San Bernardo, que en el Rmo. Sotelo perdiò *fidele consilium, auxilium grande, virum unanimum, hominem secundum cor Religionis*; ò si le dè el parabien de su felicidad, por haverle possèido. Uno, y otro tiene poderosos argumentos, cuya ponderacion no pertenece al officio de Censor; pero si aprobar el arbitrio de que se vale, para conservàr de el modo, que puede, la Persona de el Rmo. Sotelo para honra de este, consuelo suyo, y desengaño de todos, en esta Oracion, en la que no hallo cosa, que desdiga de nuestra Santa Fè, y buenas costumbres. Así lo siento, *salvo meliori, &c.* En este de N. P. San Francisco de Salamanca en 22. de Abril de 1767.

Mro. Fr. Manuel Fernandez,  
Doct. Theol. y Jub.

LICENCIA DEL Sr. VICE-CANCELARIO.

NOS el Doct. D. Bernabè Velarde, Colegial Huesped en el Mayor de Cuenca de la Universidad de esta Ciudad de Salamanca, del Gremio, y Claustro de ella, su Cathedratico de Visperas de Canones, y Juez Ordinario, Vice-Cancelario de la misma Universidad, por ausencia, y Delegacion del Señor Doct. Don Antonio Pelegrin y Venero, del Consejo de su Magestad, quien lo es en propiedad, &c.

Por la presente concedemos licencia à qualquiera de los Impressores de esta Ciudad, para que sin incurrir en pena pueda imprimir la *Oracion Funebre*, que en la Real Capilla de San Geronymo de esta Universidad, dixo el Rmo. P. M. Fr. Isidoro Alonso, del Orden de S. Benito, Maestro General de la Congregacion de España, Doctor Theologo, del Gremio, y Claustro de dicha Universidad, à la buena memoria del Rmo. P. M. Fr. Francisco Estevan Sotelo, Monge Benedictino-Cisterciense, Maestro General, y con honores de General de la Congregacion de España, dos veces Abad del Colegio de Nuestras Señora del Destierro de la referida Universidad, de su Gremio, y Claustro, Cathedratico de Visperas, y Cancelario que fue de ella, mediante hallarse examinado, y aprobado de nuestra orden, y no contener cosa alguna contra nuestra Santa Fè, y buenas costumbres. Fecha en Salamanca à treinta de Abril de mil setecientos sesenta y siete años.

BARNABAS, Vice-Sch. Salmant.

Por mandado de su Señoria el Sr. Vice-Cancelario  
*Manuel Muñoz de Castro.*  
Notario.

LI-

LICENCIA DEL SEÑOR JUEZ  
de Imprentas.

EL Doctor Don Joseph Julian Arredondo Carmona, Canonigo Doctoral de la Santa Iglesia Cathedral de esta Ciudad de Salamanca, del Gremio, y Claustro de esta Universidad, su Cathedratico de Visperas, y Juez Subdelegado de Imprentas en esta dicha Ciudad, &c.

Por la presente concedo licencia à qualquiera Impresor de esta Ciudad, para que pueda imprimir, è imprima la *Oracion Funebre*, que en las Exequias que en el dia once de Abril del presente, celebrò la dicha Universidad, à la piadosa memoria del Rmo. P. M. Fr. Francisco Estevan Sotelo, Monge Benedictino, Maestro General, y con honores de General de la Congregacion de España, del Gremio, y Claustro de dicha Universidad, Cathedratico de Visperas, dixo el Rmo. P. M. Fr. Isidoro Alonso, del Orden de S. Benito, Maestro General de la Congregacion de España, Doctor Theologo, del Gremio, y Claustro de dicha Universidad, mediante estar vista, y aprobada de mi orden, por el Rmo. P. M. Fr. Manuel Fernandez, de el Orden de N. P. S. Francisco, Doctor Theologo, del Gremio, y Claustro de esta propia Universidad, y no contener cosa alguna contra nuestra Santa Fè, buenas costumbres, y regalias de su Magestad Catholica. Dada en Salamanca à veinte y tres dias del mes de Abril de mil setecientos sesenta y siete.

*Doctor Carmona.*

Por mandado de su Merced  
*Manuel Agustin Prieto.*

APRO-

APROBACION, Y LICENCIA  
del Señor Provisor.

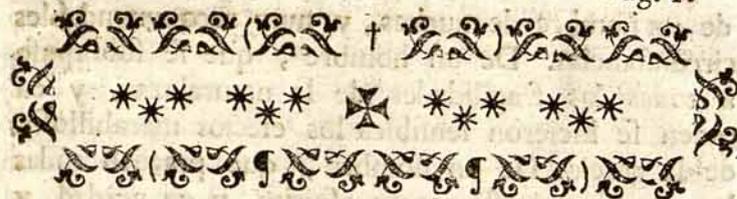
DE orden de el Señor Lic. Don Bartholomé de Alcantara, Abogado de los Reales Consejos, Provisor, y Vicario General de esta Ciudad, y Obispado de Salamanca, por el Illmo. Señor D. Phelipe Bertran Obispo de ella, del Consejo de su Magestad, &c. hè leído este Sermon con todo cuidado, y no hallo en èl cosa alguna que se oponga à las buenas costumbres, antes si muchas cosas que nos excitan para la exacta observancia de ellas. Este es mi sentir, *salvo meliori*. San Agustin Calzado hoy dos de Mayo de mil setecientos sesenta y siete.

Mro. Fr. Pedro Madariaga,

Imprimase.

Lic. Alcantara,

Vic. Gen.



EXORDIO.



CONFIESSO, Congreso illustre de Sabios, que nunca se hallò tan embarazado mi discurso, como quando me vi en la precision de elogiar la vida, y llorar la muerte de un hombre. Pareciame sumamente dificultoso, no lisongear la vanidad, confundiendo la virtud con algunas apariencias virtuosas, y dexando correr la lengua àzia el elogio de lo que à caso solo es digno de vituperio. O! quantos granos de incienso se havrán derramado indiscretamente en semejantes ocasiones, y què difficil es no derramarlos, especialmente si la vida que se vâ à elogiar ha sido enteramente mundana, cuyas acciones laudables solo se reduxeron à algunos actos de Religion, hechos casi por fuerza en el fatal tremendo lance de la muerte, ò en el discurso de la enfermedad! Confieso, vuelvo à decir, que me hallaba muy embarazado, contemplandome en la precision de elogiar lo que à caso Dios no aprueba.

Pero gracias al Señor, me hallè à cubierto de estas dificultades, y libre de los temores de proponer como verdadera alguna virtud aparente, quando vi por la instruccion, que se me ha dado, que venia à decir la Oracion Funebre de

de un hombre de muchas, y muy recommendables circunstancias. De un hombre, que se sobrepuso à todas las fragilidades de la naturaleza, y en quien se hicieron sensibles los efectos maravillosos de la gracia. De un hombre, que practicò todas las virtudes christianas en espíritu, y en verdad, y que con la devocion mas exemplar, y los sentimientos mas puros recibió los Santos Sacramentos. De un hombre, à quien parece, que Dios previno desde su infancia con sus bendiciones, cuya virtud jamás fue interrumpida, cuya vida fue una preparacion continua para la muerte con oraciones fervorosas, y perseverantes, con ayunos, con penitencias, y sufrimientos, unidos à los de Jesu-Christo Crucificado. Del Rmo. P. M. Fr. Francisco Estevan Sotelo, Maestro General, y con honores de General de la Religion de mi Padre San Bernardo, Abad dos veces del insigne Colegio de Nuestra Señora del Destierro, Doctor Theologo, y Cathedratico de Vísperas de esta Universidad, y en otro tiempo su Cancelario. Y puedo decir segun las circunstancias de su vida, que no tanto ven-go à decir la Oracion Funebre de un hombre, como el Panegyrico de un Santo. Su modo de vivir siempre uniforme, siempre exemplar, siempre irreprehensible, me hace pensar, y piadosamente creer, que està gozando de Dios: siendo tantas virtudes como practicò otros tantos motivos de confianza en la bondad Divina, que jamás dexa sin recompensa las virtudes de sus escogidos. Vereis su vida, y vereis tambien el singular artificio con que escondió lo mas precioso de sus virtudes, haciendose mas illustre sin comparacion por el cuidado de esconderlas, que por el deseo de adquirirlas, y la gloria de poseerlas.

No

No me detendré en ponderar su Ciencia, porque quien no sabe, con quanta ventaja desempeñò el ministerio de Doctor de esta illustre Universidad, y regentò la Cathedra de Vísperas? Quien dexò de experimentar la rectitud de sus consejos, la pureza de sus sentimientos, la eficacia de sus reflexiones, y el peso de sus sentencias? Quien no sabe, que el poco tiempo que le dexaban sus ocupaciones, fue bastante para que dexasse escrito un libro de Moral, y casi acabado otro en beneficio de los Religiosos, y quatro Tomos de Theologia? Y que asì en esta obra, como en las respuestas à varias Consultas que le hicieron, derrama con la mayor oportunidad, y abundancia las noticias mas esquisitas, las riquezas de los dos Testamentos, la erudicion antigua, y moderna, el conocimiento profundo de los Santos Padres, y Escolasticos, la Ciencia de las antigüedades? Y en fin, quien ignora, que su Ciencia le elevò à los Empleos mas distinguidos de su Religion, y que los mismos Empleos que tuvo, no hicieron mas que darle mayor credito, y manifestar à todo el mundo, que era digno de otros mayores?

Si la vida del Rmo. Sotelo no fuera singular por otra parte, yo me detendría en estas circunstancias; y en verdad, que para predicarle Sabio, havia materia suficiente, y dispuesta para recibir todos los ornamentos de la Oratoria. Pero me atreverè yo à hablar de la Ciencia que infla, quando puedo, y debo hablar de la caridad que edifica? No Sabios. Solamente servirà de materia à mi discurso, aquella Sabiduria Celestial con que reglò sus acciones, y con que aprendió à Jesu-Christo Crucificado: aquella Sabiduria que viene de lo

A 2

Al-

4  
 Alto, que baxa del Padre de las Luces; que es segun la expresion del Apostol Santiago, casta, pacifica, modesta, susceptible de todo bien, docil, llena de misericordia, y de frutos de buenas obras; aquella, en fin, que adquiriò en el retiro de su Celda, en el exercicio de sus oraciones, y en la practica de todas las virtudes, que le diò discrecion para conocer lo bueno, y prudencia para obrarlo.

Procurarè apartar de toda mi Oracion digresiones impertinentes, figuras estudiadas, y frases buscadas con cuidado, porque quanto hay que decir del Rmo. Sotelo, no necessita mas que una simple, y sencilla narracion para que lo admire todo el mundo, y aqui es superfluo quanto puede inventar el arte, y discurrir una promta, y viva imaginacion para adorno del discurso. Conozco sin embargo, y confieso las pocas esperanzas que tengo de salir de la empresa con suceso: Contemplome en un Theatro, en donde todos conocieron al Rmo. Sotelo, formaron muy alto concepto de sus virtudes, y actualmente estaran haciendo entre si un elogio correspondiente à la idea que formaron; y en verdad, que este genero de elogios, es mucho mas ventajoso que quantos puede formar, y producir la mas pomposa eloquencia. Hay ciertas materias, en que los oyentes tocados, ò instruidos de antemano de ellas tacitamente se irritan contra el Orador, ò bien porque no acierta à darlas el punto correspondiente, ò bien porque no se acomoda lo que el dice, con lo que ellos imaginan. Vuestra alma, Señor, penetrada de todo lo que era el Rmo. Sotelo, se siente llena de una multitud de ideas tan magnificas, que era menester otra lengua mas eloquente que la mia, para representarlas sin confusion.

Pero

5  
 Pero aunque con pocas esperanzas del buen exito, y con el sentimiento de que un hombre como nuestro Difunto, no tenga el Orador correspondiente, para que hiciesse ver, que aun en nuestros tiempos hay hombres virtuosos, hay hombres exemplares, hay hombres Santos, me determino à emprender su elogio, porque estoy en la precision de honrar su memoria. Y no os admireis, si haviere alguna confusion en el discurso, porque como la vida del Rmo. Sotelo es tan fecunda de virtudes, y estas todas se representan de una vez, todas como que hacen fuerza para hacerse ver las primeras, y se confunden unas con otras. Para evitar del modo posible la confusion, y reducir à algun methodo el discurso, seguire la idea que la Escritura Santa nos dà de un hombre Justo, en cuyo corazon està impressa la Ley de Dios, estando como estoy enteramente convencido de la conformidad del Rmo. Sotelo, con el Justo, que la Escritura nos pinta.

Espiritu Santo, que segun el Oraculo de vuestros Profetas, debeis escribir vuestra nueva Ley en el corazon de los justos, y dàr vuestra Sabiduria à los que la predicar, haced que yo al representar las virtudes de este grande hombre, inspire à mis oyentes el valor de caminar como el en esta Santa, y Divina Ley, sin que los detengan las dificultades que la acompañan, sin ser suplantados por los artificios de los enemigos que se le oponen. Y assi como à el le inspirasteis santos deseos de buenas obras, inspiradme à mi por la intercesion de la Santissima Virgen eficaces, y justas alabanzas, à que voy à dàr principio, valiendome de unas palabras del Real Profeta David al Psalmo treinta y seis,

que dicen:

LEX



LEX DEI ETUS IN CORDE IPSIUS,  
 & non supplantabuntur gressus ejus. Psalm. 36.  
 v. 31.

Ad Rom. cap.  
 2. v. 13.

Quis sua fit  
 laquens sapien-  
 tia. S. Prosper.  
 proem.

**Q**UE no se santifican los que estàn instruidos de la Ley, sino los que la practican, nos lo enseña la Escritura. La Ley solamente entendida, es inutil, y aun es nociba; porque entonces es una verdad, que està como cautiva en el fondo del alma, es una luz sin calor, y una inteligencia sin fruto. De los que la saben, y entienden, pero que al mismo tiempo suplantados por sus pasiones, no figuen los caminos, que la Ley prescribe, dice San Prospero, que se ciegan con sus propias luces, y que la misma inteligencia, que tienen, les es perjudicial, y ocasion de ruina. Mas, quando la misma Ley està altamente impressa en el corazon, no se puede llamar luz sin calor, ni inteligencia sin fruto, sino justicia, y caridad; porque entonces ama el hombre lo que Dios manda, y lo cumple: conoce sus defectos, y los corrige; busca la verdad, y no la pierde de vista: prevee los peligros, y los evita; encuentra tribulaciones, y trabajos, y los sufre con resignacion: se eleva quando es preciso, se humilla, persuade à los otros, y se persuade à si mismo.

Estas santas impresiones, que la Ley de Dios hace en el corazon del Justo, las gravò el Señor en el del Rmo. Sotelo. Comenzò à ser bueno, y observante de la Ley de Dios, desde los pri-

7.  
 primeros años de su vida, y nada fue capáz de interrumpir, ò retardar su piedad. Fue fiel à la Ley, y la Ley le fue fiel à el. Puso toda su atencion en aprenderla, y ella le descubrió quanto debia practicar para observarla. En todos los estados diferentes, en que le puso la Providencia Divina, su restitud fue siempre igual, y hubo tiempo, en que no se contentò con practicar lo que la Ley de Dios ordena, sino tambien lo que la caridad sugiere. Y como toda la Ley està compendiada en aquel doble Mandamiento: Amaràs à tu Dios con todo tu corazon, y à tu proximo como à ti mismo, he de reducir à esto mismo todo el elogio del Rmo. Sotelo, haciendo ver por una parte lo que obrò por Amor de Dios, y por otra, lo que hizo por amor del proximo.

Eccl. cap. 33.  
 v. 3.

Matth. cap.  
 22.

### PRIMERA PARTE.

**E**N los elogios que se emprenden de los mas de los hombres extraordinarios, suelen por lo regular los Oradores passar en silencio los primeros años de su vida; callan la infancia, no se acuerdan de la juventud; y con cuidado se olvidan de aquel tiempo en que los hombres viven como olvidados de si mismos, y no comienzan su historia, sino por donde pueden empezar su elogio. A la verdad, la juventud es una sazon muy peligrosa; es una coyuntura fatal. Los joyenes reciben con gran facilidad los peores exemplos, son muy susceptibles de malas impresiones, miran con disgusto las reprehensiones caritativas, no admiten buenos exemplos, abrazan con mucha facilidad lo malo, por la inclinacion de la naturaleza, y se for-

fortifican en él por el exemplo, y por la costumbre, con que ven authorizada la maldad. Y lo mas deplorable es, que para todas sus faltas hallan escusas; que imaginan que sus defectos son precisos en su edad, que se glorian de sus propios desordenes, y como que se avergüenzan de ser buenos. Por esta razon, y porque la presumpcion, el placer, la vanidad, y la juventud son una misma cosa; à la juventud se le suele poner un velo, y se hallan los Oradores precisados à no manifestar su Heroe sino en la plenitud de la edad, y de la razon.

Pero gracias à Dios, yo nada tengo que disimular, porque hablo de un hombre, cuya historia se puede empezar desde su nacimiento. Si hemos de dar credito à relaciones fidedignas, el Rmo. Sotelo no experimentò aquellos desordenes de la juventud. Desde sus primeros años tuvo buenas inclinaciones, concibió buenos deseos, y su dichoso natural à penas dexaba que hacer à la educacion. De fuerte, que las virtudes parece que se le havian inspirado antes de haverlas aprehendido. Y aunque en los Estudios, à que le destinaron sus Padres en la Ciudad de Valladolid, se aventajò mucho à sus Condiscipulos, lo que se hacia mas visible en él eran aquellos habitos virtuosos, con que buscaba à Dios, y edificaba à sus Compañeros: aquella piedad, que despues conservò toda su vida: aquel fondo de espiritu, y aquel temperamento tan inclinado à lo bueno, que era como natural en el Rmo. Sotelo, lo que en otros es el fruto de una larga experiencia, y una madura reflexion. Así le previno el Señor con dones naturales, è inclinò su voluntad àzia lo bueno, con inspiraciones secretas de su amor, para conducirle al fin, que su providencia le tenia señalado.

9  
Como sus inclinaciones eran tan buenas, y sus deseos tan santos, empezó à mirar con disgusto todo lo que el mundo estima; conociò la vanidad, y la fragilidad de las cosas humanas, y aunque le daba muchas esperanzas la fortuna, tomò la resolucion de dexarlo todo, y abrazar el Instituto Monastico en el Observantissimo Monasterio de Valbuena, del Orden de mi Padre San Bernardo. Pero como fue la vocacion del Rmo. Sotelo? No fue alguna ligereza de espiritu, ò un fervor de devocion indiscreta: fue una vocacion interior, un movimiento del espiritu de Dios, y hubo no sè que de Divino en el llamamiento de este gran hombre. Què ataques no tuvo que superar, para no dexarse vencer de los alhagos del mundo, que sus Padres le pintaban con los mejores colores, luego que supieron su designio! Hacianle ver la estrechez del Instituto Monastico, la dificultad de vivir en un Desierto, y entre gente desconocida. Le representaban la libertad, con que se vive en el mundo, en donde se gozan los placeres, los bienes, los honores, que hacen la felicidad de la vida. Le persuadian, que para salvarse no era menester abrazar un camino tan estrecho, que en el siglo se contenta Dios con mucho menos, que en la Religion, y perdona con facilidad muchas fragilidades, y flaquezas. Así le hablaron sus Padres, no con el designio de apartarle de su fervor, sino con la mira de tentar su vocacion. Ojalà que todos los Padres tuvieran el mismo cuidado sobre la eleccion de estado de sus hijos, y no dexaran al arbitrio las mas veces de un niño un paso tan importante, y un negocio, en que debe temer engañarse la mas atenta circunspeccion! Pero què respondió el Rmo. Sotelo?

Padres, les dixo, la salud de nuestra alma, es el unico importante negocio, y nuestra unica necesidad. La fortuna de un verdadero Christiano debe ser servir, y amar à Jesu-Christo. La verdadera felicidad, consiste en darse à Dios sin reserva. El sólido reposo no se encuentra si no en la sumision, y en la dependencia. Què felicidad puede encontrarse en el mundo? Què hay estable, y duradero sobre la tierra? Las mas tiernas amistades se acaban, los honores los borra el tiempo, los placeres solo dexan un largo arrepentimiento, la gloria, y la reputacion no tienen otro paradero, que un eterno olvido; hasta el tiempo se nos và insensiblemente, y quando menos lo pensamos, nos hallamos en el fatal momento, en que el tiempo acaba, y la eternidad comienza. Con estas reflexiones no solo quedaron convencidos los Padres del Rmo. Sotelo, del verdadero interior llamamiento de su hijo, sino que siete hermanos, que tenia de ambos sexos, quedaron tan penetrados de sus razones, que abrazaron el mismo Instituto. Y para eterna memoria se conserva un quadro, en donde se ven pintados aquellos piadosos Ancianos, ofreciendo toda su familia à mi Padre San Bernardo.

Quando el Rmo. Sotelo se viò libre de las cadenas del mundo, y puesto en el Religiosissimo Monasterio de Valbuena, què espectáculo se le presenta à sus ojos tan acomodado à su espiritu, y à su vocacion! En lugar que en el mundo no havia visto sino sociedades, y comercios de gentes animadas por aquel espiritu desreglado, y corrompido, que es natural à los hombres, mientras que viven segun la primera generacion, que han recibido de Adàn, en aquel Santo Monasterio yà no ve si no

unos observantissimos Religiosos formados sobre el espiritu, y exemplo de Jesu-Christo, unidos estrechamente por la mutua caridad, y ocupados en el continuo exercicio de una piedad humilde, y perseverante; aquellos Religiosos, que viviendo segun el espiritu, y no segun la carne, renovaban entonces, y renuevan aun en nuestros tiempos el fervor, y la inocencia de los primeros Fieles; aquellos Religiosos, à quienes parece que Dios ha separado como para si, y que haciendose como invisibles à todo el resto de las criaturas, encerrados en aquella santa soledad, no adquieren sino virtudes, no poseen sino la paz de su conciencia, ni esperan mas que los bienes espirituales.

Quando se viò, vuelvo à decir, el Rmo. Sotelo entre aquellos Santos Religiosos, empezò à instruirse con el mayor cuidado de las maximas de la Religion; y al mismo tiempo que le instruyeron de la Regla de mi Padre Ban Benito, le enseñaron tambien lo que Jesu-Christo enseña à todos los hombres; que no se và à el, sino por el camino estrecho, y arrancando de raiz todas las inclinaciones, aun aquellas, que parece nos dexa libres la naturaleza; que el Reyno de los Cielos padece violencia, y no se puede ganar, si no sujetando con fuerza nuestras voluntades naturalmente rebeldes à la Ley de Dios: que es preciso renunciarnos à nosotros mismos, encerrando todos nuestros deseos, y todas nuestras aficiones en un solo objeto, que està fuera de nosotros, y que en fin nuestra felicidad depende de la servidumbre, en que debèmos vivir respecto de Dios. Tanta impresion hicieron estas santas instrucciones en el alma del Rmo. Sotelo, que desde que vistió la Santa Cogulla,

Matth. cap. 2.  
v. 14.

Idem cap. 11.  
v. 12.

Idem cap. 16.  
v. 24. & Lucæ  
cap. 9. v. 23.

empezaron à ser su unico libro, y desde entonces empezaron à no tener parte en su conducta ni su humor, ni su inclinacion. Con què cuidado observaba los preceptos de la Regla! Con què sabiduria recogia las instrucciones, y los exemplos de los mas exemplares de aquella Comunidad, observando la dulzura de èste, la vigilancia de aquel, tocado de la Oracion del uno, de la austeridad del otro, haciendo de lo mas precioso de sus virtudes, como una industriosa Aveja, con que nutrir la piedad, hasta llenarse de tesoros espirituales, que conservò en su corazon toda su vida!

Que no pueda yo representarle yà desde entonces observando los preceptos Evangelicos, enteramente vacio de las especies, è imagenes del siglo, no mirando al mundo sino de lexos, y formando los mas vivos deseos de la perfeccion Christiana! Uno que fue Compañero suyo mucho tiempo, hombre distinguido con los primeros honores de su Religion asegura: *que desde Novicio fue exemplarmente bueno el Rmo. Sotelo.* Y nosotros podemos asegurar, que prosiguiò siendolo hasta que Dios quitandole la vida, coronò todas sus virtudes; porque ni en los Estudios, à que le destinaron sus Superiores, ni en el comercio, que durante su carrera Escolastica, era menester tener algunas veces con las Personas del mundo, se le entiviò aquel fervor Novicio. Sabios, y virtuosos Religiosos, que tuvisteis la fortuna de ser sus Compañeros, no experimentasteis siempre en èl el mismo fervor, que le conduxo à la Religion? No le visteis seguir su interrupcion el mismo tenor de vida; que el Novicio mas observante? Visteis resfriada su caridad en algun tercio de su vida?

Pero

Pero què es resfriarse su caridad? Tan penetrado estaba de aquella maxima, que el Religioso no es bueno, sino es cada vez mejor, que se empeñò en obrar siempre lo mas perfecto. Sabia que Jesu-Christo nos enseña, y San Pablo nos exorta, à que nos dexemos llevar con una santa emulacion àzia lo mas sublime, y con un espiritu verdaderamente extraordinario se obligò à seguir, y hacer sus ejercicios ordinarios, no solamente los preceptos, sino los consejos del Evangelio. No quiera Dios, que la circunstancia de hermano me prevenga, y precipite en alabanzas excesivas. Sabios, el Rmo. Sotelo para ayudar su memoria yà en estos ultimos años dèbil, y fosegar de algunos temores su conciencia, dexò escrito un libro, cuyo titulo es: *Memoria de mis propositos, y examen de mi vida à honra, y gloria de mi Dios*, en donde se impone doce preceptos, que llama sus propositos: allì promete ejercitarse en la virtud de la humildad, y aniquilacion de si mismo. En la de la pobreza, hasta el entero despojo de los bienes de este mundo. En la de la pureza, hasta borrar todo afecto à las criaturas. En la de la penitencia, hasta crucificar su carne, y reducirla à la mas dura servidumbre. En la de la obediencia, hasta la renuncia de su propria voluntad. Allì promete ejercitarse en la Oracion, en la caridad con el proximo. Allì promete guardar su lengua de la murmuracion; y al fin, despues de haver prometido celebrar indefectiblemente todos los dias el Santo Sacrificio de la Misa, promete hacer el mas exacto examen de su conciencia, y observar, què defectos ha tenido cada dia en el cumplimiento de sus propositos. Y porque, aunque amaba la

1. Ad Corint.  
cap. 12. v. 31.



vir-

virtud, no queria la reputacion de virtuoso, en sus apuntaciones usò de unas cifras muy estrañas, unas cifras que solo por congetura hemos podido entender.

Pero ocultese su humildad lo que quisiere, yo estoy enteramente convencido de que, visto su libro, tenèmos vista su vida, referida su historia, y hecho su Panegyrico: y lo quedaràn tambien, quantos reflexionando sus acciones, las confieran con sus propositos. Algunos estarian persuadidos, que la humildad del Rmo. Sotelo, aquel exterior siempre modesto, aquella sumision al dictamen, aun de sus inferiores, era efecto de su genio naturalmente inclinado à la condescendencia, yo creia lo mismo, hasta que en su libro he visto, que era humilde por virtud: *Totis viribus, dice, vitare conabor actiones, & signa fastus, abjiciendo jactantiam, ostentationem, & quidquid dominatum, vel superbiam redolere potest in cogitationibus, verbis, vel factis.* El genio naturalmente bondoso puede conducir mucho, pero no es bastante para hacer humilde, especialmente à un Sabio; porque es muy ordinario entre los Sabios abusar de los talentos, que han recibido: Es un cebo sobradissimo para ellos hacerse visibles, y lucirlo en las conversaciones, reduciendo à los demàs à su sentido, y exerciendo un imperio tyránico sobre las opiniones. La jactancia, y la afectacion, tienen mucha parte en sus mejores pensamientos, y lexos de contenerse en los limites de la humildad, y la modestia, se precipitan à indiferecias del orgullo, y de soberbia. Se ha notado en el Rmo. Sotelo la menor apariencia de estos defectos? Huvo jamàs espiritu mas facil, mas dulce,

ce, y mas acomodado? Y con tener aquel entendimiento tan sólido, y delicado al mismo tiempo: aquel juicio tan recto, è incapaz de ser sorprendido, aquella alma tan noble, y tan generosa, aquel corazon tan sensible al honor, y à la verdadera gloria; aquel modo de insinuarse tan singular, que logró atraerse los corazones de todos; aquella manera de explicarse tan natural, que sin estudio hacia sus conversaciones agradables. Con tener todas estas circunstancias capaces de infundir orgullo al mas humilde, jamàs hablaba sino con la mayor modestia, sujetando por virtud, por Religion, por proposito su dictamen al ageno, y aborreciendo aquel espiritu de contencion, y porfia, que tanto reyna en nuestros tiempos. Hasta en las publicas disputas, no se dexaba ver mas que su humildad, y deferencia; no queriendo jamàs hacer ostentacion de sus exquisitos talentos.

Pero si su humildad fue tan profunda, que dirèmos de las demàs virtudes christianas? Que dirèmos de aquella precaucion, con que conservò la pureza? Sabios, en este particular al parecer eran nimio. La menor adhesion à las criaturas le parecia peligrosa, y examinaba hasta los mas secretos movimientos de su corazon: llegó à conocer, que era preciso borrar todas las aficiones à las criaturas, aun las que parecen mas inocentes; que todas las ocasiones de familiaridad, y las conversaciones frecuentes, especialmente con Personas del otro sexo, traen consigo cierto veneno, cuyo daño no suele sentirse, hasta que yà està el alma empenzoñada: y en fin, que todo amor à las criaturas es dañoso, si es excesivo: *Radicatus, dice, evellende sunt occasiones familiaritatis, & con-*  
ver-

*versationis cum Personis, quarum sexus, vel species excitare libidinem possint; & generaliter fugiendus est amor cujuscumque creaturæ, esto spiritualis appareat, si nimius sit.* De fuerte, que el Rmo. Sotelo no solamente cuidaba de evitar aquellos discursos libres, ò acciones, con que se ofende grofferamente à la castidad; pero tambien hizo un concierto con sus ojos de no abandonarles vaga, è indiscretamente à objetos, que pudiesen perjudicar su pureza. Paçò con todos sus sentidos de no tener adhesion à ninguna criatura; hasta de las comunicaciones mas inocentes, y que la politica del mundo mira como necessarias, promete guardarse, porque en todas encontraba peligros su conciencia delicada: *Caveam à communicationibus mundanæ politicæ, quoniam, ne incurratur nota, quandoque ad sensualitatem perducunt.* Vosotros lo sabeis, Sabios, vosotros experimentasteis el retiro del Rmo. Sotelo, y la separacion de todo comercio con los mundanos, ninguna comunicacion, ninguna visita, sino con alguna Persona Religiosa, à quien edificaba con su buen exemplo. El parece que havia perdido todo el gusto à los placeres del siglo, delante de sus ojos passaba la figura del mundo sin detenerse: y si por ventura le era preciso divertirse alguna vez, sus mismas diversiones denotaban su virtud, y todos los objetos aun los mas vanos servian de materia à su reflexion.

Pues què dirè de su pobreza? En esta virtud fue tan singular, como en las otras. Huvo jamàs mayor desasimiento, que el suyo? La pobreza no le parecia perfecta, sino era extrema. Jamàs se atreviò à usar de las cosas mas menudas, sin

Job cap. 31.  
v. 1.

que precediese la licencia expressa del Prelado. Para un pliego de papel la pidió en estos ultimos años. Y reconvengale el Superior con la parvidad de la materia, digale, que yà tiene licencia de antemano; què responde el Rmo. Sotelo? Calla. Reconvengale segunda vez; què responde? *Padre Maestro Abad perdone V. P., que yo nada pierdo en esto, y puedo ganar mucho.* El desterrò de su Celda todos los adornos superfluos, que la relaxacion, ò la vanidad hace yà mirar como precisos en las Personas de algunas circunstancias. El nunca quiso tener para su uso mas ropa, que la indispensable; y ahun afsi le parecia, que no era verdaderamente pobre: pues su conciencia escrupulosa le hacia creer frequentemente, que tenia mucho superfluo, porque no le faltaba lo necessario. El nunca hizo el menor gasto para su regalo, y siempre se contentò con la moderada porcion, con que la Orden assiste à las Personas de su caracter. Bien sè, que algunos atribuian à demasiada economia (peor nombre la daban) la moderacion, que usaba en la comida, y bebida nuestro Rmo. Difunto; pero que tengan entendido, que este grande hombre nada obraba sino por principio de Religion; que nada obraba por algun principio bastardo; y que la abstinencia de todo regalo era riguroso cumplimiento de uno de los propositos de su libro, en donde promete lo mismo, que executaba: *In cibo, & potu, dice, tam quoad quantitatem, quam quoad qualitatem, regulariter stabo ad id, quod Ordinis est.* Y verdaderamente su desinterès està patente, porque èl se deshizo de quanto havia adquirido con su sudor, regentando la Cathedra de Visperas; aplicandolo en parte à esse

su insigne Colegio de Nuestra Señora del Desierto, como lo testifica aquel hermoso Claustro compuesto à expensas suyas; en parte à su observantissimo Monasterio de Valbuena, donde hizo, se fabricasse un gran Retablo, y una Urna exquisita, para colocar con decencia muchas preciosas Reliquias, que allí se conservan; en parte en fin para el socorro, y alivio de muchos necesitados; pero esto, que mira al proximo, omitamoslo por aora, y yà es tiempo de entrar en el por menor de sus exercicios secretos.

O què campo tan dilatado se abre al discurso! Os le representare hurtando gran parte de tiempo al sueño, para darlo à la piedad? Os dire, que las tinieblas de la noche, que sirven de velo à tantas iniquidades secretas, le servian à el para exercitar sus virtudes, y salvarse de la tentacion de las alabanzas? Os dire, que comenzaba todos los dias, haciendo à Dios un sacrificio de si mismo? Que meditaba continuamente la Ley de Dios, para aprehender en las fuentes puras de la verdad las reglas de la verdadera Sabiduria? Que no dexaba passar dia, sin encender su fervor, celebrando el Santo Sacrificio de la Misa? Os representare el cuidado, que tenia de repassar de tiempo en tiempo todos los años de su vida en la amargura de su corazon, para excitarle à la penitencia? Os dire, que con el mayor cuidado se encerraba en si mismo, y no mostraba sus buenas obras, sino en quanto eran necessarias, para edificar al proximo, no siendo suficientes, à interrumpir su fervor, ni el tiempo, ni las ocupaciones, ni las enfermedades? Sabios, podia decirlo todo, porque todo lo promete en el libro de sus propositos, y

el cumplimiento de todo, lo he visto apuntado, con sus cifras, pero no es razon abusar de vuestra paciencia, ni es posible reducir à un Sermon, lo que no cabe en un Libro. Os referirè solamente los exercicios mas sublimes, y las obras mas heroicas.

Imaginad pues, si podeis, al Rmo. Sotelo en el fervor de sus oraciones, del modo que le vieron algunas veces sus domesticos, con edificacion de unos, con assombro de otros, y con confusion de todos, puesto en cruz delante de un Crucifixo, tocado de dolor, animado de reconocimiento, y abrasado de amor, derramando lagrymas, aniquilandose delante de su Salvador, y tan fuera de si, que los mismos, que iban en busca suya, advertian, que todo el estrepito, que ellos mismos hacian con cuidado, no le divertia de su fervor. No penseis, que me abandono à mi propria imaginacion, ò que tomo por fundamento de lo que refiero, alguna relacion fabulosa: hablo por deposicion de testigos fidedignos, que le vieron en el Oratorio de esse modo, y tan perdido en los abyssos de las grandezas de Dios, que juzgando delito interrumpirle, se apartaron, para oir desde lexos sus suspiros, sus lagrymas, sus coloquios con el Padre de las misericordias, y el Dios de todo consuelo. De aqui nacia aquellas santas alegrias, que frequentemente se manifestaban al fin de sus exercicios, y oraciones, segun el mismo refiere en su libro. De aqui aquella delicadeza de conciencia, que le hacia pesar todas sus acciones en el fondo de su alma: de aqui aquellas frequentes, y cuidadosas pesquisas, ahun de las cosas mas indiferentes, para descubrir hasta los menores deseos, que el espiritu del siglo, y amor proprio podian

esconderle. De aqui aquellas confesiones reiteradas, que manifestaban bien, que en su corazon contrito, y humillado sentia el peso ahun de las faltas mas ligeras: de aqui aquella laudable impaciencia de cumplir todas las obligaciones de su Estado; y de aqui en fin aquel espiritu de sumision, y obediencia à la voluntad de Dios, y à la de sus Superiores, que es el conducto, por donde Dios quiere, que conozcamos la suya. Y en este particular descubro un caracter en el Rmo. Sotelo, que le distingue de todos los mysticos de estos tiempos, que, lexos de someterse à la voluntad de sus directores, confian demasiado de sus propias luces, y acomodan la virtud à su gusto, y à su genio: que queriendo guiarse por si mismos, obran lo que les agrada, no lo que Dios les ordena; y algunas veces dexan las obligaciones esenciales, substituyendo en lugar de los Mandamientos de Dios, las devociones, que su amor proprio les inspira.

El Rmo. Sotelo juntò à todas sus acciones el merito de la obediencia. Ahun que sus exercicios particulares eran muchos, los primeros eran los exercicios comunes, los que le hacia Dios conocer por medio de sus Superiores. Con què gusto dexaba qualquiera ocupacion, que tuvièssse entre manos, aunque fuesse alguno de los exercicios devotos señalados en su libro, quando el Superior, ò la Regla le llamaba à la contemplacion! Con què valentia de espiritu, y alegria de semblante se preparaba, doblando su espiritu, y su valor, quando se le intimaba por la Regla, que aumentasse sus mortificaciones! Con què humildad sacrificaba su amor proprio, quando se le mandaba moderarlas! Si Sabios, ahun que

que sus recommendables circunstancias le eximian de muchas penalidades del Estado Monastico, nunca admitiò dispensa para lo que no era incompatible con sus exercicios literarios. Nunca se eximiò del trabajo de manos, que se prescribe en la Regla: nunca admitiò dispensa en los ayunos regulares; y siempre se contemplaba como un Religioso, que por ningun titulo debe admitir relaxacion en la observancia de su Instituto. Pero su passion dominante fue la de padecer por Jesu-Christo. Seria dudar de todos los principios de la Religion, y de todas las reglas de la equidad, y de la justicia, dudar de la necesidad indispensable de la penitencia. Como todo hombre es pecador, y todo pecador debe ser castigado, es menester, ò que el mismo se imponga algunas penas en esta vida, ò haver de sufrir las que estàn destinadas despues de la muerte. Penetrado de esta verdad el Rmo. Sotelo, y que la penitencia no solamente es el remedio del pecado, sino tambien el preservativo; vituperando con su practica la conducta general de casi todos los hombres, que no imaginandose exemptos de la penitencia, se creen con derecho de diferirla, hace ver con su modo de proceder, que en todo tiempo es necessaria, que ni en la juventud conviene diferirla, ni està solamente establecida para la vejez. Y aqui necesitaba yo remontarme à los primeros años de su vida. Los primeros deseos del Rmo. Sotelo fueron los de padecer por Jesu-Christo. Desde Novicio tomò la resolucion de ser verdadero penitente, por contestacion de quantos le conocieron: conservò el mismo espiritu en todo el tiempo de su mocedad; y ha sido un assombro de penitencia en la vejez.

En su libro nos ha dexado escrito el methodo de sus penitencias, y el orden, con que castigaba su cuerpo. Uno de sus propositos era, que la penitencia interior havia de ser todos los dias: *Pœnitentia interior quotidiana*, y la exterior tres dias en la semana, y el ultimo dia del mes: *Exterior, quam statui pro feria secunda, quarta, & sexta, & ultima die mensis*. Pero la exactitud, con que observò estos propositos, es imponderable: jamás dexò de cumplirlos, segun se colige de las cifras de su libro. Con qué rigor tomaba las disciplinas, y usaba de los cilicios! El creia, que para pertenecer à Jesu-Christo, era preciso conformarse con su imagen; y así se castigaba con tanta severidad, y tan sin compasión de sí mismo, que alguna vez en las disciplinas regulares del Colegio, à que jamás faltaba, fue preciso, que sus Compañeros le conduxessen à la Celda, por haver quedado casi exanime. O! si pudiesen hablar las paredes de su Celda, cuyo recinto fue el theatro de sus mayores mortificaciones: pero bastante hablan, ò por lo menos bastante significan las disciplinas, los cilicios, y otros instrumentos de penitencia, que se le encontraron ensangrentados todos, y tan irregulares algunos, que parece que nuestro Difunto hasta en buscar modos de mortificarse era ingenioso.

No hay que pensar, que las penitencias del Rmo. Sotelo fueron solamente las que èl tomaba por su mano, à caso eran mas crueles las que venian de afuera. Hablo de ciertos sufrimientos, que algunos atribuian à nuestro Difunto à pobreza de espíritu, y no era sino cumplimiento de sus propositos. Sufrir las impertinencias del pro-

ximo, disimular sin resentimientos ciertas injusticias, padecer ligeras importunidades sin quejarse, recibir con docilidad algunas correcciones, padecer algun defayre, humillarse en ocasiones mas abaxo de su condicion; son unos sufrimientos, que aunque no se hacen sensibles à todos, lo son mucho para quien los padece, y estos mismos entraban en el numero de las penitencias de nuestro Rmo. Difunto establecidas en su libro. Nunca se hallaba mas contento, que quando le daban motivos de sufrir, y era mayor su gozo, quando el sufrimiento era mas secreto. En lugar de manifestar aquel espíritu de ira, ò de soberbia, que es como natural à todos los hombres, quando se ven ultrajados, nuestro Rmo. miraba los ultrajes, las adversidades, como venidas de el Cielo, para exercicio de su paciencia. Y nadie imagine, que aquel genio inalterable, y aquella constante resignacion, era natural en èl. Trabajaba mucho para reprimirse, porque era vivo, perspicaz, ingenioso, y es natural que le diessen muy en rostro los oprobrios, y desprecios de los ignorantes: pero los sufría por virtud; y para hacer meritorios estos sufrimientos, propuso en su libro sufrir con fortaleza las ofensas, los desprecios, las rusticidades, las malas intenciones, los genios, las ingraticudes, y quanto suele excitar en nosotros el espíritu de venganza. *Propter amorem Domini mei, & imitationem Jesu-Christi, dice, constanter sustinebo offensas, oprobria, contemptus, rusticitates, intentiones pravas, ingraticudes, molestias, ignorantias, genia proximorum. cohibens omnem motum interiozem, & exteriorem iræ.* Y aunque estos sufrimientos parezcan pequeños por su materia, eran grandes en

nuestro Rmo. Difunto por su principio. Por otra parte en ellos no tenia parte la virtud, y parte la reputacion, como acontece las mas veces en las penitencias, que hacen mucho ruido, porque sufría sin ser observado mas que de sí mismo, ni tenia por testigos de su paciencia mas que Dios, y su conciencia. Ni huviera llegado à nuestra noticia, que entonces sufría por virtud, sino huviera llegado à nuestras manos el libro de sus propositos.

Pues què dirè de aquella valiente resignacion, con que estuvo sufriendo tantos años muchas, y muy penosas enfermedades. Es cierto, que el Rmo. Sotelo empezò à sacrificarse à sí mismo con asperas penitencias, con rigurosos ayunos, y con la mortificacion de todos sus sentidos; pero las enfermedades, con que Dios le regalò, fueron la consummacion del Sacrificio. Apenas hubo parte en su cuerpo, que no diese à Dios un tributo particular de paciencia; la enfermedad de garganta le era tan penosa, que ahun los menos compasivos se lastimaban de su trabajo. La de pecho le atormentaba tanto, que à cada momento se imaginaba en el termino de la vida. Lo singular es, que con estas enfermedades manifiestas, y otras ocultas, que nos refiere en su libro, siempre manifestaba aquel semblante risueño, y nada sentia de sus males, sino que le sirviessen de estorvo para cumplir sus exercicios ordinarios. Con efecto, aunque tan acosado de males, reunía, y juntaba todas sus fuerzas, y con la mayor exactitud cumplia todos sus deberes, ahun aquellos, de que la edad, y falta de salud le dispensaban: añadiendo así à la paciencia, que era menester para tolerar los males, la de haver de sacrificar su salud quebrada à todos los exercicios literarios.

Es

Es verdad, que las enfermedades del Rmo. Sotelo no eran estos males violentos, que quitan la vida en un instante, y que con su impetu, viveza, y rapidèz, agotan en un momento toda la constancia de el enfermo; pero tambien es cierto, que si la misericordia de Dios las hizo menos rigurosas, su justicia aumentò su duracion; y las del Rmo. Sotelo debian ser tanto mas sensibles, quanto eran interminables. Fuera de que las fuerzas se le iban disminuyendo, yà con los años, yà con las enfermedades, que le iban quitando incessantemente una porcion de sí mismo. Y es regular, que la paciencia falte al mismo tiempo, que faltan las fuerzas del que padece. Pero nuestro Rmo. Difunto siempre tuvo fuerzas para sufrir; las pocas que tenia las juntaba, para tolerar sin murmuracion todos sus males. No quiero ser creído sobre mi palabra, aunque quanto he dicho està fundado en una relacion muy veridica, y así pongo por testigos de su paciencia, y exemplar resignacion à quantos tuvieron comercio estrecho con èl. Los dolores, que padeciò, y la duracion de sus penosas enfermedades arrancaron alguna vez de su boca, le hicieron prorumpir en alguna quexa amarga, en alguna palabra de inquietud, en algun movimiento de impaciencia? Se le oyò decir alguna vez, que su enfermedad era muy larga, que su penitencia era muy rigurosa? Creyò que la cruz que Dios le embiaba era muy dura, ò muy pesada? Pero què necesitamos testigos, si sabemos la exactitud, y vigilancia de este grande hombre en el cumplimiento de sus propositos, y uno de ellos era haver de sufrir con resignacion los dolores, las enfermedades, las tribulaciones? *Sustinebo adversitates, infirmitates,*

D

tes,

tes, indisposiciones, dolores. Almas tibias, que creéis haver hecho bastante para vuestra salvación, almas relajadas, à quienes pesa menos el pecado, que la penitencia, venid aqui à confundiros. Este hombre de una vida casi irreprehensible castigaba incessantemente su cuerpo, y lo reducía à la mas dura servidumbre; este hombre tan austero consigo mismo, imaginaba aun cortas sus penitencias voluntarias, y consideraba como precisas para purificarse las enfermedades, que le embiaba el Cielo; y lexos de murmurar contra la mano de Dios, que le castigaba, siempre hallaba razón para mayor castigo: ingenioso en hallar proporción entre los trabajos, con que Dios le afligía, y las faltas porque se creía castigado, y mirando con horror los mas ligeros defectos, que sentía mas que las enfermedades mas crueles, adoraba la mano de Dios, que le castigaba, como si le coronara.

Testigo fieles de sus ultimos suspiros, no lo fuisteis tambien de su paciencia? No lo fuisteis tambien de aquella valiente resignacion, con que recibió el ultimo golpe? No visteis los deseos de padecer, aun quando le faltaba el aliento para vivir? No le oísteis decir, que le sacassen de la cama, que le echassen para acabar la vida en el santo suelo, creyendose indigno aun de aquella pobreza, en que estaba embuelto? No le oísteis pedir à su Prelado, que le dexasse morir entre estameña, quando oyó que disponía, que le traxessen lienzo? *Qué salud me puede dar el lienzo?* dixo, *dexeme V. P. morir como he vivido.* O Santo Dios! *Dexeme V. P. morir como he vivido!* Almas fantasma, que os haveis sometido al yugo de la Ley de Dios, aprended del Rmo. Sotelo, que haviendo

sacrificado en vida todas sus fuerzas para conformarse à la Imagen de Jesu-Christo, aun le parecen cortas sus penitencias, y quiere dár el ultimo aliento padeciendo. Pero apartemos de nuestra imaginacion estas tristes ideas de la muerte, y visto lo que el Rmo. Difunto hizo por amor de Dios, veamos brevemente lo que hizo por amor del proximo.

## SEGUNDA PARTE.

**N**ADA hay tan contrario à la Ley, y à la Justicia Evangelica, como los odios, las divisiones, y la discordia: ni hay precepto mas recomendado en la Escritura, que la caridad, y amor del proximo. A la verdad, este es el precepto mas necesario de todos, el mas razonable, y el de mayor extension. Es el mas necesario: porque de él depende la salud de los particulares, y el comun reposo de la Iglesia. Es el mas razonable, porque es muy conforme à nuestra naturaleza amarnos, y sufrarnos los unos à los otros. Y es el de mayor extension, porque mira generalmente à todos los hombres. No obstante este precepto tan recomendado, y necesario, es el que menos se observa; y la caridad, la mas perfecta de todas las virtudes, es la mas fragil, y la mas expuesta de todas, porque depende mucho de nuestros humores, y de nuestros caprichos. Un genio algo diferente del nuestro, un temperamento en el proximo mas, ó menos ardiente, ciertas modales grosseras, y otras circunstancias, que imprimió la naturaleza, ó la falta de educacion en nuestros hermanos, son bastantes para entibiarnos en su amor, y resfriar nuestra caridad. El mundo està compuesto de muchas contrariedades,

des, que conducen no poco, para que unos desagraden à los otros. La diferencia de costumbres, la desigualdad de inclinaciones, la diversidad en los sentimientos, y la mezcla de tantos espíritus incompatibles mantienen frequentemente algunas averfiones secretas en nuestro corazon, que es menester estar muy sostenidos de la gracia de Dios para manifestarnos en todas las ocasiones igualmente sensibles al amor de nuestros proximos, ò para no manifestarnos en las mas con una indiferencia delincente.

El Rmo. Sotelo conocia la dificultad de este precepto; mas como sabia tambien, que el mismo precepto es parte de la nueva Ley establecida por el Supremo Legislador, que la hizo justa por su autoridad, posible por su gracia, santa, y necesaria por su exemplo, se determinò à observarle con el mayor rigor, imponiendose en el libro de sus propósitos la Ley de no faltar en un apice à su observancia. Con efecto su amor al proximo, y los deseos de servirle fueron tan eficaces, que ni la diversidad de genios, ni la contrariedad de humores, ni la diferencia de temperamentos se lo impidieron jamás. Amabalos à todos; pero con qué amor? No con puras demostraciones politicas, ò con complacencias estudiadas; sino con aquel amor, que se dexaba ver en las buenas obras, que hacia: unas veces lo manifestaba contribuyendo al sustento preciso de su proximo; otras dándole saludables documentos para la santificacion de su alma: y otras, nó permitiendo jamás que en su presencia se censurasse la conducta de alguno. Lo primero no puedo yo ponderarlo. Parece que la compasión havia nacido con él segun la expresion

de la Escritura. Se cercenaba à si mismo muchas veces de lo preciso, para asistir al proximo con lo necesario.

Esto lo sabe bien el Confidente de sus limosnas secretas; y ahun lo saben mejor aquellos, à quienes liberto de la necesidad, y en el mayor retiro fueron participantes de su beneficencia. Aquellos, que sin interrupcion están llorando la muerte de un Padre, que no solamente contribuyò à su santificacion, sino tambien al alivio de sus necesidades temporales. Aquella especie de pobres, digo, à quienes Jesu-Christo eligiò para imitarle, y servirle, para ser imagenes de su humildad, y de su paciencia; cuya pobreza solamente la sabe el que quiere ser caritativo sin mendigar con su liberalidad el aplauso de los hombres. Bien sabia el Rmo. Sotelo, que la pobreza, la necesidad, y la miseria, en general son el objeto de la compasión, y de la misericordia de los hombres: que es peligroso hacer alguna excepcion entre aquellos, à quienes la providencia parece hizo igualmente miserables; pero tambien sabia, que la Escritura Santa nos enseña, que la caridad tiene sus reglas, para hacer mas, ò menos bien segun las necesidades: que aunque sea siempre liberal, debe ser siempre prudente, y circunspecta, buscando las ocasiones de ejercitarse en las necesidades mas importantes. Así que el Rmo. Sotelo no socorria con la misma abundancia à aquellos pobres errantes, que por falta de conducta viven à expensas de otros, ni tampoco à los ociosos, por no ser complice, aunque inocente, de su ociosidad; y solo era objeto de su compasión, lo que le representaba à Jesu-Christo

Job cap. 31.  
v. 18.

pobre. Retirós fantos, en donde la verguenza, y el rubor esconde la pobreza, quantas veces llegaron à vosotros las limosnas de este grande hombre? Monasterios, que no teneis mas que la Cruz de Jesu-Christo por possession, y por herencia; pobres encerradas en ellos Santos Lugarés, adonde apenas llega la caridad, y misericordia de los Fieles, porque apenas se ve vuestra necesidad, quantas veces os hizo ver el Rmo. Sotelo, que podia poner en el vuestra confianza, inquieto de vuestras necesidades, y mas cuidadoso de esconder su caridad, que vosotros de esconder vuestra pobreza? Venid à descubrirnos lo que su humildad nos ha escondido: para que se aprovechen de este exemplo aquellos hombres vanos, è interesados, que no amando la virtud, sino por la reputacion, que puede darles, no hacen bien al proximo, sino porque saben el arte de hacer valer todo el bien, que hacen; teniendo mas cuidado del interes proprio, que de la miseria agena. Y con tal que hagan alguna accion aparente de caridad, que pueda atraerles algunas alabanzas, se les dà poco perder la caridad verdadera, que cubre la multitud de los pecados.

1. Ad Corint.  
cap. 13. v. 4.  
1. Petri 4. 8.  
Prob. 10. 12.

Pero si el Rmo. Sotelo puso tanto cuidado en servir al proximo en sus mayores necesidades, no fue menos solícito en evitar quanto podia perjudicarle. Quien de quantos le conocieron, ò trataron, dexò de experimentar el cuidado, que tenia de que se conservasse siempre ilefa la buena reputacion del proximo? Quien le oyò vituperar la conducta de alguno? Uno de sus propositos era no proferir palabra, ni obrar jamàs de manera que alguno pudiesse darse por sentido;  
nül-

*nullum opus, aut signum faciam, aut è converso omittam, quod possit offendere quemquam.* La dificultad, y repugnancia que encontraria en la observancia de este proposito, todos pueden percibirla, si reflexionan que el Rmo. Sotelo vivió en estos tiempos infelices, en que llegó à tanto la malicia, que indiferentemente se censuran las virtudes, y los vicios; que se cuida demasadamente de saber los defectos agenos, que frecuentemente la malignidad de los unos se rie de la simplicidad de los otros; y en fin, que los mas advertidos, los mas Sabios, los mas buenos apenas pueden salvarse de la malignidad de los juicios, y de la contradiccion de las lenguas. Pero se le escapò alguna vez al espiritu vivo, y penetrante del Rmo. Sotelo alguna palabra sensible al proximo? Se le escapò alguna vez alguna de aquellas, que suelen passar por chanzas delicadas, y que son tanto mas satyricas, y mordaces, quanto son mas ingeniosas? Tan penetrado estaba de aquella maxima de San Bernardo citado en el libro mismo de sus propositos; que las chanzas, que en la boca de un Secular pueden passar por chanzas, en la de un Sacerdote son blasfemias; tan penetrado, digo, estaba de esta maxima, que no solo no usaba de estas satyras, que esconden mucho veneno en pocas palabras, y dan la muerte riendo segun la expresion de la Escritura, sino que tuvo siempre gran cuidado de torcer ingeniosamente à otro assunto las conversaciones, en donde podia peligrar la reputacion del proximo, como lo promete en su Directorio: *Summoperè fugiam detractionem, nec proferam verba, quibus alter offendi possit, excitata vero conversatione, aut divertere conabor, aut tacere.*

Prob. cap. 10.  
v. 23.

De

De fuerte, Sabios, que el Rmo. Sotelo no solo puso guarda à sus labios, para refrenar su lengua, sino que tambien puso à sus orejas un cerco de espinas, segun la expresion del Sabio, para detener à los murmuradores, y no ser cómplice de algun modo en la falta de caridad. Que no tenga yo el espiritu, y la eficacia necesaria para ponderar bien esta virtud, y al mismo tiempo hacer conocer la injusticia, ò la ignorancia de los que oyen con gusto la murmuracion! Hablo de aquellos, que no queriendo ser los murmuradores, ò porque no se acomoda con su genio, ò porque no se què politica les contiene, se han reservado el derecho de creerlos, y el gusto de escucharlos. Què os parece, que sucede con essas credulidades, y complacencias, sino animar al murmurador, y enardecer la serpiente, que està mordiendo, para que muerda con mas seguridad, y con mas rabia. Ellos tienen verguenza de ser los assefinos de sus hermanos, pero irremediamente son cómplices; y es manifesta ignorancia, creerse inocentes de su fangre, quando en lugar de protegerles, aguzan con sus aplausos la espada, que les hiere, y fortifican el brazo, que les mata. La señal, que dà el Espiritu Santo de la inocencia de un hombre justo, es la de no haver recibido con gusto la murmuracion, y el oprobrio de sus hermanos; *qui opprobrium non accipit adversus proximos suos*. Este era el caracter del Rmo. Sotelo: bien lexos de dar credito à los murmuradores, exercitaban demasiadamente su paciencia, quando no podia impedir sus murmuraciones, ò eran el exercicio de su zelo, quando podia remediarlas: con què arte divertia algunas veces la conversacion, y libertaba à unos de la falta de caridad, en que iban à incurrir; y à otros de alguna calumnia? Quantas veces con un triste silencio, ò con un gesto de defazon hizo

conservar ileso el honor de algun inocente? Y no se piense, que esta es una perfeccion, que yo imagino; es una verdad fundada en las acciones del Rmo. Difunto.

Lo que à mi me ha causado admiracion, es haverse exercitado en todas estas virtudes, sin ser observado de los mismos, que le trataban: aquel cuidado, que tenia de ser virtuoso, sin desear la reputacion, le hacia esconder lo mas precioso de sus virtudes, para esto se portaba de modo, que en su conducta, y comercio indispensable, segun promete en su libro, jamàs se notasse singularidad. Asì nunca reusò à su dignidad, y caracter ciertas exterioridades, que se estilan en el mundo, como no se opusieran à la Ley de Dios: era por la misma razon sensible à las amistades razonables, reduciendolas à la caridad. No era de aquellos hombres espirituales, que son fastidiosos à todo el mundo; porque no solo son austeros, y rigurosos con sus personas, sino que la cruz que ellos llevan voluntariamente, quieren que la lleven los otros por necesidad. La cruz del Rmo. Sotelo era toda para si: y estaba toda en su corazon. El persuadia à la virtud no con asperas reprehensiones, sino con su mismo exemplo. El instruia, el consolaba, y enseñaba à vencer las tentaciones à aquellas almas, cuyo gobierno se le havia encomendado, no predicando la austeridad, sino la discrecion, y guardando para si todo el rigor, no manifestaba sino la dulzura para los otros. Asì lo publican muchas personas, que perdieron un tal Padre.

Mas lo que corona la vida de este grande hombre, es su singular constancia, y aquella igualdad de vida. Hay en nosotros no se què instabilidad, è inconstancia, que frequentemente muda el orden de nuestras costumbres, y de nuestra vida. Unas veces nos parece, que estamos firmes en nuestros propósitos, otras apenas

tenemos resolución para lo bueno : ahora nos hallamos fervorosos , poco despues enteramente relaxados , y siempre estamos en una continua vicisitud. La conducta del Rmo. Sotelo siempre fue uniforme, nunca parece, que experimentò aquellas irregularidades; aquellos intervalos de vicios, y de virtudes, aquellas interrupciones, y desigualdades de vida, y parece que en este particular era un hombre de otra classe. Las mismas virtudes, el mismo retiro, las mismas acciones, el mismo uso de los Sacramentos, y las mismas reglas observò siempre constantemente. Excitandole, y sosteniendole la gracia, perseveraba en Jesu-Christo, y Jesu-Christo perseveraba en èl. Ni las ocupaciones, ni los deberes publicos, ni las necesidades pudieron hacerle perder la ferie de sus oraciones, de sus ayunos, de sus penitencias, de todos sus ejercicios. El sabia rescatar el tiempo segun el consejo del Apostol, y quitar del sueño lo que havia empleado en ocupaciones indispensables : y nos ha dexado el buen olor de sus virtudes, que ahun perseveran, como vivas en esse su Colegio, que edificò con sus exemplos. Vosotros lo sabeis, compañeros suyos; vosotros haveis conocido mejor, que yo, su perseverancia, y en estos ultimos años le haveis visto ahun mas vigilante, que al principio. Con què exactitud examinaba su conciencia, para confessarse à lo menos una vez cada dia ! Las menores sombras de pecado le parecian dignas de penitencia; nada se le escapaba à sus luces, y à sus deseos de purificarse mas, y mas; temialo todo, pensabalo todo, y contaba por grande quanto puede desagradar à Dios, ahunque fuesse muy ligero. Y no os figureis, que era una flaqueza de escrupulo purificarse todos los dias con las aguas de la Penitencia, sino delicadeza de virtud, y deseo de ser cada vez mejor. A este fin un dia de la semana, el ultimo de cada mes, y del año

Paul. ad eph.  
cap. 5. v. 16.  
& ad Col. 4. 5.

se

se tomaba estrecha cuenta à imitacion de Bernardo de su atrasso, ò adelantamiento en la virtud. Assi se halla en su Directorio. *Die Sabbati*, dice, *aut Dominica*, & *ultima die mensis*, & *anni comparabo menssem cum mense*, *hebdomadam cum hebdomada*, & *annum cum anno*. Assi fue preparandose con la perseverancia en el cumplimiento de todos sus propositos, que dexò apuntados en su libro hasta la misma hora, en que le affaltò aquel funesto accidente de apoplegia, que le quitò la vida, y nos dexò à todos el sentimiento de haverle perdido.

O muerte ! O fatal escollo de todos los mortales ! Vos haveis dicho, Señor, que el que perseverare hasta el fin, se salvarà, y Vos mismo haveis hecho perseverante al Rmo. Sotelo. Vos haveis hallado su corazon todo ocupado en vuestro servicio, y nos lo haveis quitado de nuestra presencia con un accidente casi repentino. Sensible lance; pero al parecer mysterioso ! El havia pedido al Señor muchas veces, que le diese una hora tan breve, para morir, que no molestasse à sus Hermanos; y segun lo breve que fue, y la ninguna molestia que diò, parece, que fue oída su suplica. Adoramos, Señor, vuestros juicios, y reconocemos vuestras misericordias. Sabios, el Rmo. Sotelo passò todos los dias de su vida con la misma atencion à su salud, que de ordinario se tiene en la hora de la muerte. El havia visto desde lexos el dia del Señor, y havia aprendido à morir, muriendo todos los dias. Assi estaba en aquella ultima hora sin los temores, que de ordinario affigen à los moribundos, y sin perder aquella tranquilidad ordinaria. Es verdad, que al passo que se le agravaba la enfermedad, iba perdiendo los sentidos; pero, cosa estraña ! cosa prodigiosa ! Solamente perdió el sentido para las

Matth. c. 10.  
v. 22.

Ad Heb. cap.  
15. v. 31.

las cosas de este mundo. Preguntenle à cerca de su enfermedad, y accidente: nada responde, està mudo, està insensible. Pero hablenle de las disposiciones para morir: què affombro! Se le defembargan todos los sentidos; y aunque apenas podia articular palabra, recogió en su seno quantas fuerzas le havian quedado, para dàr razon de los movimientos de su alma, y de los deseos de morir santamente. Es indecible, con què paz, y quietud en medio del accidente apopleptico se confesò generalmente; y es imponderable el reconocimiento de amor con que recibió el Santo Viatico. Parece que su fe animaba à su naturaleza descaída, para que sintiesse vivamente el amor de Jesu Christo: parece que salía como fuera de sí mismo; y con inútiles exfuerzos queria levantarse, para recibir aquel ultimo gage de su amor, como el sello de su predestinacion eterna. Con estas santas disposiciones, despues de haver recibido la Santa Uncion con asistencia de su Colegio, y del de San Vicente; despues de haver pedido perdón à Dios, y à sus Hermanos abrazado à un Crucifixo, el dia de San Bernardo cerrò los ojos el Rmo. Sotelo.

Momento fatal para tantas almas, què perdieron tan buen Padre! Momento triste, pero util para nosotros, si sabemos aprovecharnos de sus exemplos! Y momento dichoso para èl, pues podèmos creer piadosamente, que desde aquel momento passò en premio de su pobreza, de su obediencia, de su humildad, de su pureza, de su constancia, de su penitencia, de la observancia de la Ley, y exercicio de todas las virtudes, à celebrar la Fiesta del Santo Patriarca en la Gloria, tomandò possession de la eterna felicidad.

REQUIESCAT IN PACE.

CARTA EN PROLOGO  
de la Oracion Funebre, que remite segunda vez (\*) su Orador al Sr. D. Ramiro de Robles, Arcediano de Miñor, Dignidad en la Sta. Iglesia de Tuy.

Señor Arcediano.

MUI Señor mio: ai remito segunda vez el Sermon, que ha solicitado Vmd. con muchos i repetidos viages; i si por ellos le fuè molesto, tambien dieron motivo a que me determinase a complacerle: mens in diversa rapitur: decia Sopbar aquel intimo amigo de el Principe de Idumèa Job: pero, mirando a la conformidad con que èste marmol de la paciencia tolerò las contradiciones de nuestro comun enemigo, quèdo satisfecho en remitirsela. A unos parecerà Pieza mui vestida i de gran precio, a otros mui desnuda i de ningun valor. A estos satisfago con decir, que devo al Todo Poderoso el conocimiento de mi poca ropa i còrto volimiento; dejando a su càrgo el vestirla con el gran caudal de su

(\*) Hurtaron al Impresor el primer Original.

sabiduria discrecion prudencia i caridad , con  
cuyas bellas prendas ya no parecerà desnuda  
cosa fria e indecente , con que pueda de ver-  
guenza ocultarse. A aquellos seriamente su-  
plico , que no la publiquen tan bellamente ves-  
tida i de tal valor , que quando no parezca  
cosa pesada i fastidiosa , se la roben segunda  
vez , i se quede sin la devida estimacion.  
Si me entienden , les satisfago en lo poco que  
digo ; si no me entienden , quèdo satisfecho en  
lo mucho que callo ; por que , como dijo uno de  
los ingenios mas famosos de España : el exce-  
so , o defecto de Textos Autoridades Versio-  
nes citas reflexiones : : : en el cuerpo de algu-  
nos Sermones los hace monstruosos a los mas  
inteligentes ; i a los menos entendidos total-  
mente inutiles.

Es tan dificil al Orador mas instruido  
evitar la censura de alguno de los dos estre-  
mos , como adequar al gusto de todos con el  
equilibrio mas perfecto de la Oratoria.

Dios Nro. Sr. nos conceda luz para el  
acierto , i a Vmd. ms. as. de vida.

El Pròr. Grâl.

Fr. Josef. Antonio Romero.